

Eglantinas, retirándose por una depresión sentimental a Socovos, donde pasó el resto de su vida apartado de todo y de todos, dedicado incansablemente a leer en solitario libros y más libros, mientras muchos amigos, sobre todo Antonio Oliver, Juan Guerrero y el mismísimo Juan Ramón Jiménez, intentaban inútilmente apartarle de su retiro.

Su producción poética está plenamente centrada en el Modernismo. Entre 1906 y 1913, época de publicación de sus versos, ¿qué poeta español, joven y espiritual, no se sentía abrasado por el fuego de Rubén Darío? Y algunos poemas del vate de Socovos, como *Le-yenda rosa*, de 1907, podrían haber sido firmados por el poeta de Nicaragua:

«El rito es solemne. La orquesta riela
brillantes acordes en olas de brisa:
con élitros de oro un trémolo vuela,
como un cristal roto que fuese una risa.

Visión de Fra Angélico, la bella extasia
en la lejanía sus ojos de plata;
un ruiseñor —bardo de triste armonía—,
desgrana en las frondas su fresca cantata.

El galán guerrero partió a tierra extraña,
luciendo en los ojos un brillo de gloria:
mientras él añora su dama y su España,
la princesa aguarda, le espera Victoria.

Un día traerale las nuevas un paje,
redoble de cascos se oirá en la calzada,
el palafren blanco, tronchando el bosque,
traerale las nuevas a la bien amada.

Y luego, en las tardes, sus ojos azules
otearán inquietos allá en las almenas;
y luego, en las tardes, sus labios de gules
las letras de un nombre temblarán apenas.

Y reirá sarcástico el clarín distante
de una comitiva lejana, ilusoria...

¡En vano le esperas, que es muerto tu amante!
¡Le invocas en vano, princesa Victoria!

Tropel y clarines son tu mente loca:
su cuerpo le envuelve palestina tierra.

Cayó en el asalto, tu nombre en su boca...

¡Victoria, aún repiten las trompas de guerra!